

CRITICA DE MUSICA

La pérgola de las flores

Con esta obra tan nuestra, tan institucional, ocurre uno de esos fenómenos donde el hábito, la nostalgia y el encanto de sus canciones y dispositivo visual, relegan a segundo plano el ropaje interno, el texto y la intención de esta comedia musical escrita hace 20 años.

Es tanta la capacidad de asociación y recuerdo que producen canciones —además de los cuadros festivos de las pergoleras— que olvidamos el arraigo popular, la historia social de fondo, y el retrato de costumbres urbanas de toda una época que conlleva esta pieza.

Es un litigio entre tradición y modernidad, una defensa de un grupo de mujeres que viven de la venta de sus flores y pueden desaparecer. Un litigio donde toman parte los estudiantes y autoridades. Es una sátira feroz también a la siutiquería y el arribismo social, y una comedia con aires de Cenicienta y cuento que enfrenta la provincia a la gran ciudad.

Éxito de taquilla en Chile y otros países, *La pérgola...* fue escrita a pedido, y sus personajes tenían la cara e investidura de tal actor o cual: Anita González era y sería siempre doña Rosaura, y Justo Ugarte, inevitablemente Alcibiades, el alcalde. Y a lo que algunos actores les faltaba o sobraba en voz, lo suplía su generosa proyección y propiedad arriba del escenario. Carmen Barros era, en esencia Carmela.

La versión actual de *La pérgola...* mantiene la arquitectura con la que fue concebida, prodiga el encanto y la nostalgia que le son tan suyos y —a pesar de su aroma de pasado— no se ve sobrepasada por el presente. Es

un montaje donde todos los artistas convocados ponen calidez, entusiasmo y una gran cuota de entrega. El público que aplaude a rabiar compensa tal entrega, a pesar de que son otros los aires y tiempos que corren al resucitar esta infalible comedia musical.

No obstante es evidente, al primer abrir de cortina, que en materia de énfasis, matices y resultados, lo que se ve en escena es defraudante, disparejo, desigual.

Defraudante porque —se ha dicho ya— fallan las voces y esto es una comedia musical en la que, si bien no se necesitan sopranos y tenores, es imprescindible que los actores sepan entonar. Entonar con armonía. Aquí no ocurre, y las canciones más lindas y evocadoras se pierden en un coro débil, o en unos solos desnutridos sin ninguna de la fuerza que debieran proyectar.

Disparejo y desigual, porque en actuación Anita González se lleva las palmas, y aunque los otros intérpretes protagónicos (Marcela Medel como Carmela; Ramón Núñez, Alcibiades) no están mal, son una sombra de los actores primigenios. Silvia Piñeiro se echa mucho de menos. Al revés, las pergoleras representadas por Mirella Véliz y Gaby Hernández, resultan creíbles. Divertido el peluquero Pierre (Edgardo Bruna) también.

Pero es en los cuadros colectivos, con bastante elemento coreográfico y despliegue de color, cuando el montaje alcanza sus momentos más atractivos. El resto, lo pone el ángel de una comedia imperecedera.

LUISA ULIBARRI